

Alocución radial del Arzobispo de Corrientes

Mons. DOMINGO S. CASTAGNA

SEGUNDO DOMINGO durante el año.

16 de enero de 2005.

Juan 1, 29-34

1.- La conversión y la penitencia. Dios inspira a su Precursor. Lo impulsa a identificarlo ante quienes debe hacerlo. Para ello se remonta a los profetas precedentes y señala la asombrosa continuidad de la Revelación. Cristo es profetizado como “Cordero de Dios” e identificado por Juan ante el grupo de sus discípulos: *“Al ser maltratado, se humillaba y ni siquiera abría la boca: como un*

cordero llevado al matadero, como una oveja muda ante el que la esquila, él no abría la boca”. ^[1] Una descripción inconfundible del Cordero que muere por los pecadores, que viene a mostrar y a ofrecer la misericordia del Padre a todos los hombres, a dejar el camino despejado de la conversión y la penitencia. Juan lo señala y califica: *“A él me refería, cuando dije: Después de mí viene un hombre*

que me precede, porque existía antes que yo”. ^[2] La humildad del Precursor es auténtica sabiduría, responde honestamente a la Verdad y acepta sus consecuencias. Desde el Adviento el Bautista ha sido un modelo de hombre cabal. Así lo describe Jesús ante quienes vienen a pedirle que se identifique. La devoción a la verdad de Juan molesta a Herodías y le inspira el perverso plan de eliminarlo. Hoy también se pretende asfixiar la verdad con la frivolidad de un baile sinuoso y la cobardía de monarcas débiles ante la presión de cortesanos despreocupados del bien común. Es preciso alentar a nuevos protagonistas que decidan cambiar rumbos y orientar el interés general hacia quienes han sido tradicionalmente postergados. Juan es modelo de fidelidad, capaz de cumplir su misión y llamarse prudentemente a retiro cuando ésta concluye. Pero, para ello, deben promoverse sus admirables virtudes. ¡Qué ilusión!

2.- Reformas constitucionales. ¿El Evangelio inspira proyectos basados en condiciones personales humanamente ilusorias? Piensan así quienes lo han echado al desván de las cosas viejas e inservibles. ¿No es el momento de recuperarlo como mensaje vivo y absolutamente actual? Dicen que las “Cartas Magnas” nacionales y provinciales constituyen leyes burladas, en muchas ocasiones, y que antes de decidir sus reformas sería preciso que se las respete. Estimo que las mismas poseen un espíritu inspirador que goza de mayor estabilidad que sus formulaciones legales. No es la letra la burlada sino su auténtica inspiración. Se debe tener cuidado en que las pretendidas reformas no encubran una traición a esa principal inspiración. Gran desafío, para los “constituyentes”, es el debate honesto por introducir modificaciones legales que no contradigan su esencia original. El Evangelio es inspirador y exige, de parte de quienes lo leen, una verdadera participación del Espíritu de Cristo. De otra manera no se lo entiende o se lo mal interpreta. No admite ser impuesto a presión arriesgándose a todo manoseo ideológico, de izquierda o de derecha. Si se produce, por la fe, la participación mencionada del Espíritu de Cristo, el peligro de la indiferencia, de la blasfemia y de falsas lecturas quedará definitivamente neutralizado. Para lograr ese equilibrio se requerirá haber ejercitado seriamente la honestidad, el respeto a las convicciones y creencias de los otros y a la legítima tolerancia, fundadas en la humana y cordial convivencia. Los parámetros éticos deben incluir una sana filosofía de la “libertad de expresión” en responsable armonía con otros valores, se los comparta o no. La gracia del Evangelio logra a la perfección los valores que la sociedad necesita para construir

su orden esencial y para que sus ciudadanos vivan y progresen en paz. No obstante el Evangelio es ignorado, hasta hostilizado con métodos de engañosa legalidad. ¿Por qué? La soberbia es el mal de fondo, la deformación del corazón que obstaculiza el logro de los mejores planes formativos. La pretensión de ser “*como Dios*” continúa llevando al hombre, en relación con los otros, a un estado deplorable de superioridad salvaje.

3.- La honestidad intelectual. Basta escuchar atentamente las controversias, en las campañas electorales, y examinar sus términos contrapuestos, para advertir el grado de intolerancia y soberbia que las domina. Es necesario atenerse a la verdad y no salirse de ella aunque consideremos perjudicados nuestros intereses personales o grupales. La *honestidad intelectual* es un valor al que se le tributa poco culto. No procede del ejercicio académico sino de la rectitud moral de quienes se disponen a un diálogo abierto a todos y generoso. Será una tarea continua la de disponernos a la práctica de las virtudes cívicas que caracterizan la verdadera vida democrática. Las virtudes cristianas están muy próximas a aquellas reclamadas para una saludable vida social. La admiración y aprecio que causaban las primeras comunidades cristianas dejaban de manifiesto el reconocimiento del amor que se profesaba en ellas como el germen perdido de la vida en sociedad. Cristo es “*el Evangelio del*

[3] *Padre*”, toda la Verdad que Dios ofrece a los hombres para que sean auténticamente libres. No se lo puede alistar entre otras propuestas filosóficas. Es preciso descubrirlo como cumplimiento del proyecto divino del hombre. Cristo es el Hombre perfecto, el contrapuesto al hombre Adán; San Pablo lo calificará como el “*hombre nuevo*” que reemplaza definitivamente al “*hombre viejo*”. Comprendo que no todos están capacitados para entenderlo como “*Revelación*” del hombre querido por Dios, poseedor de las virtudes y dones imprescindibles para comandar una auténtica historia humana. Es erróneo e irresponsable el pensamiento de relegar a Cristo como un personaje histórico fosilizado y definitivamente inalcanzable. La Iglesia de los Apóstoles lo presenta vivo e históricamente vigente.

4.- Entender desde la fe. Es la Iglesia de siempre, resplandeciente en sus innumerables santos, a veces ensombrecida por los pecados y cobardías de algunos de sus hijos. Es bueno identificarla en su Cabeza divina, en sus medios de gracia, en la animación del Espíritu y comprender su situación de peregrina y, por lo mismo, necesitada de conversión y penitencia. Pero, para entenderla con sus luces y sombras es preciso disponer de la fe. Sin fe se la observará como una institución más, poseedora de poderes políticos y económicos e inevitable vulnerabilidad. Sin fe se la calificará (como ha ocurrido) de “*basura*” confundiéndola maliciosamente con la debilidad de algunos de sus miembros y se la intentará desfigurar para que no aparezca su verdadera naturaleza y el testimonio admirable de sus santos. Es la hora histórica de presentar a Jesucristo en la semblanza de una Iglesia pobre y santa, apostólica y comprometida con el cambio reclamado por la verdad y la justicia. Es inevitable que deba enfrentar el odio y la persecución, la intriga y la calumnia, las trabas continuas a su presencia evangelizadora y el silencio mortal a la expresiones de sus valores doctrinales. Si se mantiene paciente en el ejercicio del bien, el mal será definitivamente vencido.

5.- El año de la Eucaristía. El simple anuncio del Evangelio, ofrecido en la liturgia dominical, actúa como gracia de transformación en quienes creen: “*...el Evangelio es poder de Dios para la*

[4] *salvación de todos los que creen...*” El Santo Padre Juan Pablo II ha enfatizado la importancia del domingo como “*día del Señor*” más allá de su simbolismo cultural. La Iglesia se reúne para celebrar el Misterio de la Pascua, fortalecer su fidelidad a Cristo y nutrir su vida de fe con el alimento del Cuerpo y la Sangre de su Señor en la Eucaristía. Este año, dedicado a la Eucaristía, marca una sucesión de

acontecimientos eucarísticos que conmovieron la conciencia de la Iglesia. Recordemos el que atrajo la atención de la Nación, en el mes de septiembre del año pasado, me refiero al Xº Congreso Eucarístico Nacional, celebrado en Corrientes. Es preciso recordarlo como el gran don de Dios a nuestro pueblo argentino y correntino. Se ha producido un compromiso, expresado en la consagración de la Misa de Clausura. Un verdadero programa de vida desde la fe, profesada pública y multitudinariamente.

[1] Isaías 53, 7.

[2] Juan 1, 30.

[3] Santo Domingo (1992)

[4] Romanos 1, 16.

[Volver](#)